



Carta política



Joaquín García-Huidobro

Una sociedad irritada

Creí en una familia que se había alimentado de la cultura europea y no tenía mayor interés por lo que pudiera venir de los Estados Unidos. Yo heredé esta misma actitud, hasta que recién a los cincuenta años fui por primera vez a ese país, a una pequeña ciudad provinciana. Quedé fascinado. Naturalmente, sus ciudades no tienen comparación estética con las del Viejo Mundo, pero me gustaron mucho esas casas sin rejas, donde las puer-

tas no están cerradas con llave durante buena parte del día y la gente lo saluda a uno cuando se cruza por las mañanas. Son cosas muy pequeñas, pero importantes. Calzan con las descripciones de esa sociedad y su espíritu hechas por Tocqueville en La democracia en América. Además, para un profesor como yo, sus bibliotecas son un auténtico paraíso, y desde entonces voy todos los años a investigar en una de ellas.

En estas semanas, sin em-

bargo, los medios de comunicación nos han mostrado un país distinto: dividido, irritado. Más bien parecen dos países en uno. ¿Qué ha ocurrido?

No soy la persona más capacitada para dar una respuesta, pero, aparte de la evidente contribución de Trump a este clima enrarecido, hay tres factores que quiero destacar.

El primero tiene que ver con la identidad del Partido Demócrata. Si observamos la sociología de los resultados de la última elección veremos reafirmada una tendencia de años: este partido ha dejado de representar a la clase trabajadora. Los demócratas constituyen una muestra muy clara de la nueva izquierda, son un partido de intelectuales, universitarios, y minorías de todo tipo, con el apoyo de muchos millonarios. Sorprende su capacidad para recaudar fondos, donde ha triplicado a los republicanos.

La pérdida de buena parte

del electorado popular ha debilitado el papel integrador de ese partido. Es sorprendente, por ejemplo, el buen resultado que Trump alcanzó en el voto latino, especialmente entre los hombres. El Partido Demócrata tiene que haberlo hecho muy mal para perder un electorado seguro. Además, si le creemos a la prensa, tenía adelante a alguien como Trump, cuyas políticas iban directamente en contra de sus intereses.

Aquí hay algo raro, que nos lleva una cuestión muy importante: ¿han logrado la izquierda y los medios de comunicación que difunden sus ideas (New York Times, CNN, etc.) entender al votante de Trump? La similitud con el caso chileno es notable. Con palabras un poco más elegantes, la única explicación que parece encontrar parte de la izquierda es el recurso a categorías como la de “fachos pobres”. El clasismo que destilan estos análisis es sorpren-

dente. Los votantes populares de Trump serían gente egoísta, que ha privilegiado la seguridad y la economía antes que los grandes temas, como el derecho al aborto o el apoyo a las minorías sexuales. Hay que estar muy perdido para aceptar estas explicaciones.

Otro elemento que me llama la atención es la desconexión de las élites universitarias respecto de lo que piensa gran parte del país, en este caso, casi 73 millones de personas. Unos profesores me decían: “No conocemos a nadie que haya votado por Trump. Una vez estuvimos en un restaurante y nos pareció que una persona que estaba en una mesa vecina podía ser un trumpista, pero no estamos seguros”. Obviamente, mis amigos tienen un problema, porque eso significa que no han visto a nadie que esté comprendido en el 50,8% del país, o no han averiguado qué piensa la persona que hace el aseo o la que atiende la caja del

supermercado.

Gran parte de la violencia verbal de las elecciones norteamericanas tiene que ver con el hecho de que los partidarios de una y otra postura viven en mundos distintos, incommunicados. Basta ver lo que muestra el mapa, donde las zonas republicanas y las demócratas están absolutamente distinguidas y la ruptura entre las grandes ciudades y el resto del país es muy notoria.

El último elemento que quiero destacar es el papel de la prensa. Todos valoramos que los diarios o canales de TV tengan una línea editorial, pero aquí vemos que esos medios se transformaron en maquinarias de propaganda por Harris. Una democracia sana requiere una prensa sana, si esta pierde toda ecuanimidad, ¿cómo podremos extrañarnos que la vida política se transforme en un campo de batalla? Me temo que el mal ambiente no se debe sólo a Trump.